

LA ESTUPIDEZ ILUSTRADA

LA estupidez social ilustrada nos conduce a una visión falseada de nuestro entorno. Nuestros ritos de dominación del presente son ritos de supresión. Nuestras conductas están establecidas socialmente, uniformemente educadas; no nos conducen, sin embargo, a una vida en común —al contrario—. Así, la brecha entre realidad profunda y realidad superficial conduce a una realidad profunda que no corresponde a ninguna realidad superficial. Nuestra realidad individual, a menudo, no es más que representación, y no realidad objetiva: sordos ante el presente, somos ciegos respecto al futuro.

Pero como siempre queremos etiquetar nuestra sociedad, que nunca percibimos en su existencia real, dos rasgos nos resultan en todo caso especialmente llamativos. Sus estructuras son cada vez más complicadas. Reconocemos una multiplicidad de normas, a menudo contradictorias, pero que se dan al mismo tiempo. Por otra parte, esta sociedad, bajo el impulso del desarrollo tecnológico se ve precipitadamente dinamizada en una medida que difícilmente nos podemos imaginar. No se trata, desde luego, de que toda la sociedad se vea dinamizada por igual, sino de que algunos grupos y capas son afectados de manera muy diferente por tal dinamización. Esto significa que determinados grupos se alejan socialmente de otros.

A partir únicamente de esta situación, de hecho ya resultan múltiples conflictos. El significado de cada grupo, al mismo tiempo, resulta cada vez mayor para el individuo. Como aumenta la distancia entre los grupos, con frecuencia creciente, los conflictos latentes dan lugar a conflictos abiertos. Un joven, por ejemplo, que pertenezca al mismo tiempo al grupo íntimo familiar, pero también al grupo escolar y a otro grupo en el tiempo libre, experimenta conflictos entre diferentes normas con más frecuencia que nunca, porque las metas de tales grupos son contradictorias entre sí. Como consecuencia, se identificará más fuertemente con las escalas de valores del grupo que sea más importante para sus sentimientos y para sus intereses personales.

Este rebasamiento de las normas en una sociedad pluralista se traduce, como es evidente, en el len-

«De vez en cuando aparecen profetas que predicen el inminente fin del mundo. Aquellos que lo creen se preparan para gozar de los últimos días de la mejor manera, según gustos y temperamentos. Los unos derrochan a diestro y siniestro todo lo que tienen, otros guardan recogimiento religioso. A todos ellos les cae la modorra encima cuando llega la fecha prevista y no se acaba el mundo cuando esperaban». Estas palabras de Peter Atteslander, catedrático de Sociología de la Universidad de Berna y experto en Futurología, vienen casi a cerrar este discurso crítico, marciano, titulado «Los últimos días del presente» (Grijalbo), del cual ofrecemos un pasaje.

guaje. Se utiliza automáticamente el lenguaje del grupo con el que se está en cada momento determinado; el lenguaje es muy distinto en el propio hogar que entre los amigos.

De esta manera nos mostramos conformes al grupo y, por la misma razón, disconformes con todos los demás. Necesitamos los otros grupos como coartada en nuestro conflicto con los integrantes de uno de los grupos. Si disminuye, por una parte, la conducta conforme con la sociedad, por otra aumenta la conformidad en el seno de los grupos particulares. El mayor inconformista, aquel que se rebela contra el «establishment», muestra su conformidad hasta en lo más mínimo con los que actúan como él. La identificación se hace patente de manera particularmente llamativa en la forma de vestir. Tenemos un uniforme para aparecer en público y para la oficina, y otro para casa; uno para el trabajo, otro para el tiempo libre.

Se comprueba una vez más que ya no sirve la frase de Gottfried Keller: el traje hace al hombre. Hoy es mucho más válido decir: los grupos hacen los trajes.

Ya pasó el tiempo del dictado en cuanto al vestir, ya pasó el tiempo en que para deducir la clase social a la que pertenecía una persona bastaba atenderse a la manera de vestirse. Interpretamos papeles y adaptamos nuestro atuendo a ellos. Me parece interesante que la

moda misma esté en crisis y que sea tan contradictoria que incluso el dictado del más renombrado modista carezca de importancia.

La gran diversidad de papeles que interpretamos, creo que lo puede ilustrar lo que me contó un amigo belga sobre el guardarropa de su hijo: en el armario de su habitación, en la muy burguesa villa, bien atendida por las sirvientas, había por lo menos tres tipos de atuendos totalmente diferentes. Primero, el uniforme adecuado para el papel de hijo de papá rico; segundo, unos blue jeans muy raídos —pero cuidadosamente planchados y plegados— y jerseys para llevarlos en el progresivo grupo juvenil, y por último, vestimentas cómodas, de rebuscada elegancia, ligeras, limpias y de pálidos colores, que acostumbraba a usar a puerta cerrada, porque eran las que le gustaban.

Esta feria de trajes es un sucedáneo del lenguaje perdido, un sucedáneo de nuestra atrofiada capacidad de gesticular. Por medio de los vestidos nos identificamos con papeles que si pudiésemos nos gustaría encarnar. Nos hemos liberado de obligaciones sociales para ir a caer en coacciones de grupo.

Alguna gente de teatro parece que se rebela contra determinadas coacciones de grupo y contra las concepciones sociales no ya a través de los vestidos, sino sin vestidos. Y no me extraña en absoluto

que precisamente esta rebeldía se produzca allí donde el vestido durante más tiempo y de la manera más colorista ha dominado: sobre el escenario.

El desnudo sobre un escenario es algo distinto al desnudo en el arte figurativo. La desnudez acaso sea un intento fracasado de reducción a lo humano. Después de todo, el «slogan» «make love, not war», la llamada universal a sustituir la práctica de la dominación por la del goce físico, es sobre todo una invocación a la supresión de los conflictos.

Si se convierte en normal el exhibicionismo en los escenarios, perderá impacto revolucionario. Resultará un camino más de evasión conducente al vacío. En una época en que las revistas ilustradas introducen semanalmente millones de figuras desnudas en la atmósfera íntima de cada casa, el desnudarse públicamente como acción contra los tabúes burgueses resulta ineficaz.

En un mundo que no discute con la provocación, lo que fue pensado como tal conduce no a la discusión de los conflictos, sino, una vez más, a su rechazo, a su eliminación. La esperada discusión no tiene lugar. Se diluye la provocación. Esto coloca a cada uno sobre el escenario tal como se había presentado: desnudo. En realidad, sin ningún efecto, porque se le ha arrebatado la base de la eficacia, y en un mundo donde la gente va vestida, el desnudo no hace posible ningún tipo de identificación.

Todos nosotros estamos insertos en una multiplicidad de conformidades cada vez más visibles y cuyos progresos se hacen más esenciales en un mundo donde la orientación social adquiere a ojos vistas una mayor dificultad: vivimos un retroceso a los grupos primarios como nunca se había visto. Mientras en sociedades pasadas el nacimiento en una familia significaba una integración simultánea en otros grupos de referencia y, con ello, en posiciones sociales fácilmente fijables, actualmente vemos cómo el individuo particular pasa rápidamente de un grupo primario a otro. Cambiamos de lugar de residencia, de empleo, de iglesia, de partido; por una parte estamos sometidos a una alta movilidad social y por otra nos estamos cada vez más fuertemente a determinados grupos. Así podemos hablar —como escribió Whyte en su libro *Duñero y víctima de la organi-*



PETER ATTESLANDER

zación— del hombre actual como del **organization-man**, que no es otra cosa que un individuo que recibe la consagración de su grupo y que no puede vivir sino con él y para él, y nunca sin él. Con una intensidad progresivamente mayor, nos orientamos según las medidas de nuestros grupos primarios, sin darnos cuenta de que el grupo mismo no está en condiciones de proporcionar una orientación social auténtica.

Si por una parte el prejuicio, que se basa en la sobrevaloración del propio grupo, proporciona seguridad, es sobre todo, por otra parte, causa de disputas. Sin prejuicios ya no seríamos capaces de disminuir nuestra divergencia con el mundo exterior, cosa que necesitamos para mantener nuestro bienestar personal. Pero esto mismo, por otra parte, nos cierra la posibilidad de superar los conflictos una vez que han estallado. Quien considere los efectos de los prejuicios sociales, advertirá que tanto los conflictos como los mismos prejuicios sociales poseen rasgos ambivalentes.

La medida en que el prejuicio puede significar liberación del miedo puede daría el conflicto que genera la liberación de ataduras

imprevisibles, como las de la casa paterna; sin embargo, por otra parte, impide la correcta visión de las circunstancias del entorno.

Si vemos los conflictos sociales como consecuencia de desarrollos sociales, debemos temer simultáneamente una institucionalización de los conflictos. Esto es: que los conflictos entre grupos sobrepasen la vida de sus miembros respectivos. Nuestras propias opiniones se polarizan cada vez más fuertemente: cuanto más complicado e impenetrable sea nuestro medio social, más fuerte será la nostalgia hacia alternativas, hacia prefiguraciones que prometan identificación. Producimos simplificaciones a costa de la necesaria diferenciación.

Nunca una sociedad había producido tanta información sobre sí misma como actualmente la nuestra. Al mismo tiempo, las necesidades de información han aumentado de manera enorme. Hay que preguntarse por qué canales nos llegan tales informaciones. Los **mass-media** nos abruma con síntomas de conflictos sociales. A través de las pantallas vivimos diariamente guerras, disputas, levantamientos. Pero siempre se nos ofrecen aislados, arrancados de las condiciones de su entorno. En el desfile tem-

poral de descripciones de conflictos se borra totalmente la distancia entre lo geográfico y lo referente a desarrollos históricos. La mayoría de las veces falta totalmente un análisis de las causas que han producido el conflicto así presentado. Al espectador se le hace, por lo tanto, prácticamente imposible analizar y, mucho menos, diagnosticar, mientras se produce ante sus ojos un singular efecto de multiplicación: la habitualidad cuantitativa de los conflictos alcanza un significado cualitativo. Los nuevos conflictos no aparecen a partir de los viejos, sino que la misma información sobre los conflictos hace aparecer otros. Nuestra aspiración a la armonía conduce a una identificación excesiva. Nuestra percepción sensorial resulta literalmente intoxicada. Padecemos una sobredosis de conflictos inasimilados e inasimilables.

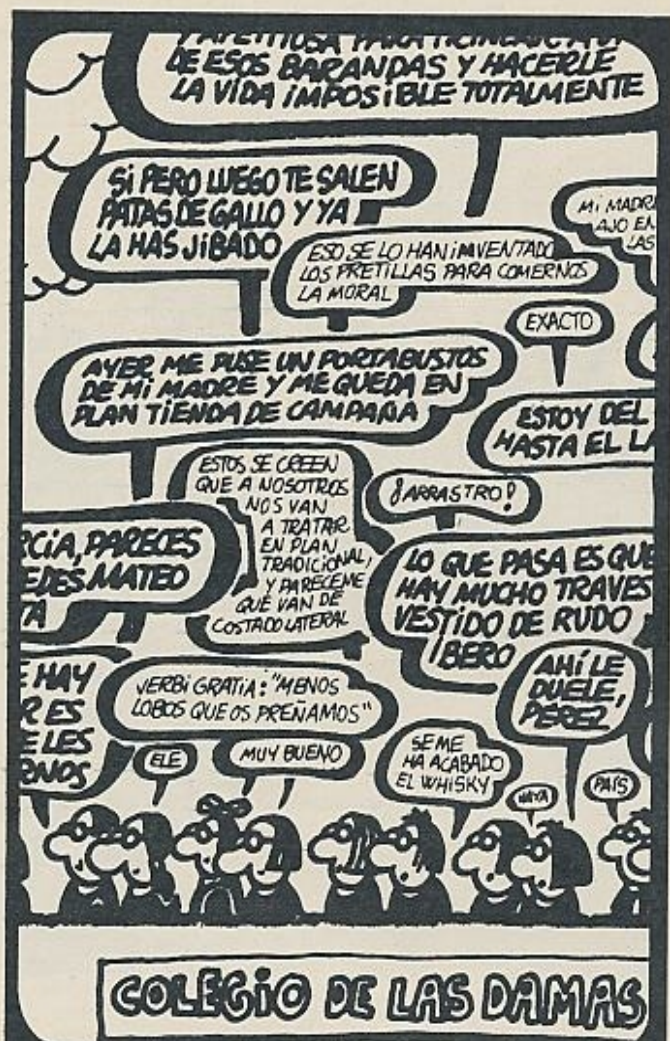
Ralf Dahrendorf escribió una vez que no existían conflictos entre las amas de casa alemanas y los jugadores de ajedrez peruanos. Es correcto pensar que la misma idea de conflicto presupone una relación entre las partes. También es verdad que este contexto engloba algo más que un territorio físico. Significa dos cosas más; a saber:

unas reglas de juego determinadas en la discusión y una estructura de poder dentro de la cual tenga lugar el conflicto.

¿Es correcta esta forma de tratar la cuestión? La información sobre un conflicto, ¿no sería todo el contexto? ¿No se dan, pese a todo, identificaciones entre personas y grupos que no han entrado nunca en contacto entre sí y que, por lo tanto, nunca podrían entablar una disputa abierta? El contexto total está en la conciencia general creciente de los conflictos universales. Por ejemplo, lo que nosotros vivimos receptivamente a través de la pequeña pantalla es siempre también una vivencia social e influye en nuestras posiciones, y no conduce más que raramente a acciones sociales que desencadenen nuevos conflictos.

Tratamos el conflicto como algo perjudicial, como algo que hay que evitar. Hacemos una distinción entre lo bueno y lo malo, y el conflicto siempre está en la parte del diablo. Esta perspectiva tan unilateral no es más que una consecuencia de la estupidez ilustrada.

Nos nos consuela saber que en todas las épocas y en todas las sociedades haya habido conflictos. «Allí donde existe vida humana so-



COLEGIO DE LAS DAMAS

DESDE
EL DIA 5
ESTA EN LA CALLE
EL NUMERO
EXTRAORDINARIO
(DENTRO DE LO QUE CABE)
DE

HERMANO LOBO

EL FUTURO
ES
DE LOS NIÑOS
DE PECHO



LA ESTUPIDEZ ILUSTRADA

cial —escribe Ralf Dahrendorf— está presente el conflicto. Las sociedades no se distinguen porque en unas se produzcan conflictos y en otras no; las sociedades y las unidades sociales se distinguen por el diferente grado de brutalidad e intensidad de sus respectivos conflictos. Pero mientras esta ley sociológica —en la medida que lo sea— pondría el fin de los conflictos en confines remotos, una posición liberal respecto de los conflictos, posición caracterizable como la única realista e incluso (como diría Bertrand Russell) como la única científica, señalaría que la historia de la Humanidad ha violado más a menudo esta ley de lo que la ha respetado. Los técnicos al servicio de la represión de los conflictos sociales son bastante más viejos que la palabra "totalitario" con la que les describimos actualmente, y por lo menos por las apariencias, estos técnicos tienen más éxito del que pronosticarían nuestras leyes.

Suprimimos los conflictos porque no indagamos el porqué de su planteamiento y nos concentramos totalmente en la cuestión de cómo eliminarlos. Se pueden distinguir tres formas de enfrentarse con los conflictos, pero todas son de naturaleza no racional.

Un primer grupo de personas reacciona ante los conflictos de forma cínica. Creen que los conflictos son inevitables. Ya que, a sus ojos, los conflictos perturban el curso de los acontecimientos, hay que eliminarlos como obstáculos molestos siempre que aparezcan. Esta posición puede ser perifrásticamente descrita de la siguiente manera: la historia de los hombres es la historia de las guerras, de una recurrente guerra de todos contra todos. Como por lo demás la guerra es la madre de todo progreso, de lo que se trata es de dar preeminencia al «cómo» dirigir la guerra, a «cómo» reprimir los conflictos. El «porqué» es una cuestión secundaria.

Un segundo grupo adopta una posición utópica. Busca soluciones para los conflictos, pero no tratando de encontrar la forma particular de una conciliación para cada disputa, sino dejándose guiar por la idea de que el desarrollo futuro hará superfluos los conflictos, porque quizá alguna vez las causas de los conflictos habrán desaparecido. Hay muchos futurólogos que creen sinceramente que un alto bienestar suprimirá por sí mismo todos los conflictos de manera automática. Esta posición se basa en armoniosas ideas que ni corresponden a la sociedad actual, ni pueden ser realidad nunca.

En nombre de esta utopía se postula la represión de aquellos poderes que crean conflictos a través de la opresión que ejercen, con el fin de magnificar, en una voltereta dialéctica, la propia opresión. Así,

las formas de producción que corresponden a la actual sociedad industrial, deberían ser combatidas con el fin de colocar en su lugar nuevas formas de división de poder, nuevas formas de la producción de bienes y servicios, ensalzándolas en su armonía, sin investigar previamente dónde residiría tal armonía de la vida colectiva humana.

Un tercer grupo de personas, finalmente, soportan los conflictos como una consecuencia del destino. Ante ellos, adoptan una posición pasiva y buscan la salvación en el Más Allá. Su posición es, en el fondo, religiosa. No es difícil detectar rasgos de la ética protestante en esta posición que toma como inmutable que cada uno se ganará el pan con el sudor de su frente. Los conflictos serían la piedra de toque de la buena conducta, no se plantearían para ser superados, sino que cada uno tendría que responder ante ellos como ante una prueba de Dios. Los conflictos serían una tentación que nos haría el Mal y servirían para la purificación de nuestra propia disposición espiritual. Esta posición bien puede llevar a la ascesis dentro del mundo, pero es mucho más fácil que lleve a una impensada evasión ante cualquier conflicto. A este tercer grupo pertenece la mayoría de la gente, y en comparación con los otros dos, todavía crecerá numéricamente. El Más Allá no es una coartada para apartarse de los conflictos actuales.

Las tres posiciones respecto de los conflictos son inútiles, porque no dan lugar a un tratamiento medurado de las cosas y de las formas de los conflictos. Las tres pasan de largo ante el «porqué» de los conflictos sociales. Mientras la posición cínica quita importancia a la obtención del poder y el dominio, y deja el camino libre a un maquiavellismo moderno, las posiciones utópica y religiosa resultan cercanas, aunque sus resultados puedan distinguirse bien. Ambas conducen a considerar el presente desde un Más Allá que sólo existe en sueños e ideas. La posición utópica muchas veces es la causa de formas autoritarias de lucha y de opresión. La religiosa lleva la mayoría de las veces al aislamiento o a la segregación de grupos humanos enteros. Ambas posiciones son, por principio, inútiles para dominar los problemas que plantea el presente.

Mientras, en determinadas circunstancias, los cínicos persiguen en el transcurso de modificaciones sociales como meta solamente la obtención del poder, o a menudo incluso la restauración de perdidos poderes, los utópicos y los pasivos están ligados en el fondo a valoraciones estáticas. Su objetivo dentro del mundo no cambia. Postulan una realidad trascendente que tiene muy poco que ver con



Suprimimos los conflictos porque no indagamos el porqué de su planteamiento y nos concentramos totalmente en la cuestión de cómo eliminarlos...

la realidad, y mucho menos con la realidad social del presente.

Los proyectos utópicos de sociedades no conflictivas hay que considerarlos *ad acta*, sea cual sea su proveniencia, sin reparos como irrealizables. Y no porque los conflictos hayan existido siempre, sino porque, además, han sido y son tanto la causa como la consecuencia del cambio social. El problema sin solución no son los verdaderos conflictos sociales, sino nuestra posición frente a ellos.

El mencionado Dahrendorf dice, por otra parte: «Los conflictos son de lo más necesario como factor de todo proceso actual de cambio en las sociedades. Donde faltan, bien porque estén reprimidos o porque estén aparentemente solucionados, el cambio es más lento o se detiene. Donde los conflictos se permiten y se reconocen, el proceso de cambio se mantiene como un desarrollo lento. En los conflictos sociales se encarna siempre una notable fuerza creadora de las sociedades. Y precisamente porque remiten más allá de las circunstancias vigentes, los conflictos constituyen un elemento vital de la sociedad, de la misma manera que posiblemente son, en definitiva, un elemento de toda forma de vida».

Una sociedad, cuanto más violentamente es sacudida por el cambio, más pronto comienza a plantearse los problemas concernientes a la actitud racional y sentimental adecuada ante los conflictos. Los deseos de orden y tranquilidad en una época de cambio se revelan radicalmente irrealizables. Las expectativas de solución definitiva de los conflictos planteados, la misma

posibilidad de solucionarlos, quedan reducidas a falsa conciencia a causa de la forma de evolucionar de los conflictos. Pues como ya habíamos afirmado: no pueden pretenderse soluciones, sino tan sólo regulaciones. Las ideas que implican soluciones entran en la esfera de la utopía, y si fuesen formuladas en forma concreta, serían ideologías.

Una regulación de los conflictos implica en cada caso que antes de tomar una decisión se investiguen las causas del conflicto. Esto significa, más allá, que los conflictos sean examinados de manera neutral antes de iniciar su regulación. Tal análisis debe desechar tanto la polarización de las opiniones como la identificación. Si se propone como meta la solución de los conflictos, esto conducirá, en la mayoría de los casos, a su represión, con lo cual el deseo de armonía desemboca en una lucha prolongada, en la cual los viejos poderes son sustituidos por nuevos. Se trata no de proponer la solución de los conflictos como una meta absoluta, sino de buscar el camino de su regulación en el terreno de lo relativo, siempre en relación con las causas sociales, temporalmente condicionadas, de los conflictos.

Precisamente en la realización de este objetivo aparece el obstáculo cada vez más importante del prejuicio institucionalizado que sugiere que los conflictos tienen siempre y únicamente consecuencias perjudiciales.

Ya hemos hablado de la pobreza de nuestra expresión idiomática cuando se trata de captar los conflictos sociales. El prejuicio fuerza a tratar las cosas polarizando, a

EDITORIAL FUNDAMENTOS

Caracas, 15 - Madrid-4 - Teléfonos 419 96 19 y 419 55 84

CHUMY CHUMEZ. UNA BIOGRAFIA



EDITORIAL FUNDAMENTOS

PRIMER LIBRO INEDITO DE CHUMY-CHUMEZ

NOVEDADES EN LA FERIA DEL LIBRO

RAYMOND DURGNAT

LUIS BURUEL. 150 pts. Fotografías.

NORMAN MAILER

MAIDSTONE. 150 pts.

BERKE, GENTIS, CAPARROS

LAING: ANTIPSQUIIATRIA Y CONTRACULTURA. 200 pts.

ALAN W. WATTS

NATURALEZA, HOMBRE Y MUJER. 175 pts.

LOS DOS LIBROS DE ALONSO IBARROLA

DEPETRIS HISTORIAS PARA BURGUESES. 125 pts.



¿Y A MI QUE ME IMPORTA QUE SOFICO HAYA CUMPLIDO 10 AÑOS?

Mucho. Porque a la hora de elegir dónde invertir su dinero, ésta es nuestra ventaja y su garantía. Ventaja porque hace muchos años que pasamos el Ecuador. Y no todos pueden ofrecer lo mismo.



Ventaja porque, en este tiempo, hemos perfeccionado el sistema. Y elegido los mejores emplazamientos de la Costa del Sol para construir nuestros edificios. Y hemos creado una organización internacional para atraer al turismo desde su país de origen a nuestros apartamentos. Sin falsas modestias. Es así.

Y garantías. Porque todo lo anterior le sirve a usted para garantizarle dónde pone su dinero. Y porque tenemos 41 edificios construidos, no en el aire. Y porque cuando prometemos un 12% no soñamos. La experiencia nos ha enseñado a no ofrecer nada que no podamos cumplir.

Diez años son diez años.

Por algo SOFICO le garantiza el 12% neto anual.

SOFICO
Delegaciones: Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Francia, Alemania,
Gran Bretaña, Canadá, Estados Unidos, Puerto Rico, Hong-Kong,
Venezuela y Suecia.



Tenemos mucho más que contarle sobre nuestras garantías. Y nuestras ventajas. Mándenos este cupón y le informaremos sin rodeos.

T-1. Domicilio
Teléfono
Ciudad

BILBAO (Provisional):
Hurtado de Amézaga, 20 - Tel. 420 791-2
MADRID: Claudio Coello, 124 - Tel. 262 44 30
MALAGA: "El Remo", Playa de Montemar
(Torremolinos) - Tel. 38 30 40
BARCELONA: Tenor Viñas, 4 y 6 - Tel. 228 72 99
VALENCIA: Pascual y Genis, 10 - Tel. 222 57 30
SEVILLA: Queipo de Llano, 20 - Tel. 21 57 05
SAN SEBASTIAN: San Marcial, 3 - Tel. 41 87 29
LA CORUÑA (Provisional):
San Andrés, 112-114 - Tel. 22 13 85

LA ESTUPIDEZ ILUSTRADA

pensar en blanco-o-negro, a reducir la múltiple realidad a una sola dimensión. Se habla mucho actualmente, por ejemplo, de la conducta autoritaria. Cualquier actuación de apariencia autoritaria es denunciada. Lo autoritario es malo, y lo antiautoritario, bueno. Se actúa también como si la represión fuese un engendro de la época industrial. Como si la represión no fuese un fenómeno de lo más corriente en todas las sociedades y en todas las épocas. La tolerancia represiva no puede permitirsela más que aquel poder que está seguro de su dominio. También aquí caemos, pues, en un insostenible cuadro en blanco y negro, en una polarización que no corresponde a las complicadas, diversas y a veces llenas de matices formas de sociabilidad humana.

Considerando las cosas de esta manera, no habría nada más autoritario que los cuentos de Grimm, ni nada más represivo que la Biblia. La autoridad nunca puede ser impuesta de una manera absoluta, sino que tiene que referirse a una situación social muy concreta. No hay ninguna forma de vida humana en común sin alguna forma de autoridad, de la misma manera que no existe ningún grupo que no muestre alguna forma de represión.

Lo que se trata de investigar no es la existencia de conductas autoritarias ni de la tolerancia represiva en sí, sino la frecuencia de su aparición. En las formaciones sociales no se trata de comprobar la presencia del poder en sí, sino de ver en qué lugar y hasta dónde llega el ejercicio de ese poder. Lo que hay que investigar son las formas de opresión que a la corta o a la larga llevan a la desintegración social, a la segregación y, finalmente, a la disolución.

Pero siempre opinamos acerca de la opresión que los demás ejercen. De nuevo nos hemos acostumbrado a una conducta como-si de acuerdo con la cual no fuésemos nosotros mismos oprimidos diariamente y se tratase tan sólo de la opinión de los demás.

Los procedimientos de la dominación del hombre sobre el hombre están por descubrir en todos sus detalles. No existe el poder en sí amputado de la realidad social. Si negamos o encubrimos la presencia de sus coacciones, colabramos con nuestra conducta al dominio de los demás sobre nosotros mismos.

Un niño habituado a beber durante años agua filtrada, hervida, preparada cuidadosamente, se po-

ne enfermo si un día bebe de la fuente. Es lo que puede ocurrirnos después de habernos dedicado todos juntos a la esterilización intensiva de los conflictos. Si queremos evitar que los resultados de nuestra investigación sean tan discrepantes como las formas en las que estamos en condiciones de entender nuestra sociedad, debemos fomentar una investigación multiplicada de los conflictos. Tampoco se debería exigir de la ciencia la solución de los conflictos sociales, sino tan sólo su regulación.

De otro modo, donde la ciencia no es consciente de su tarea y se deja imponer falsos objetivos, se convierte ella misma en un medio de opresión, en un instrumento del poder. A la ciencia se le puede imputar que hasta hoy se haya ocupado tan mínimamente de la fundamentación de los conflictos sociales. A las ramas de la ciencia que se deberían de haber ocupado en particular de las formas de los conflictos, es decir, a las ciencias sociales, hay que hacerles determinados reproches. Durante demasiado tiempo han considerado la conducta desviada como indeseable, como negativa para el desarrollo social. En esta consideración, parecen haberse olvidado que las mismas fuerzas causantes de las conductas desviadas son las que provocan también las conductas conformistas. Lo que habría que medir solamente es el grado de divergencia, que depende de la posición del acuerdo social, que señala a su vez lo que es desviación y lo que no lo es, de acuerdo con las normas e ideas dominantes. Estas ciencias, según parece, están también sometidas a la funesta polarización blanco-o-negro. Y precisamente los fundadores de la sociología, Georg Simmel y Emile Durkheim, dijeron hace tiempo, refiriéndose al concepto de «desviación», que dependía de nuestra óptica. ¿Qué es lo que se desvía? ¿Lo normal es normal, porque aparece más a menudo, porque condiciona y fortalece las estructuras sociales, porque es más fuerte e influyente, de modo que en el rechazo de lo que es socialmente predominante no captamos más que lo divergente? Por lo menos es enteramente erróneo y conducente a confusiones entender la sociología únicamente como una ciencia de la crisis que buscarse comprender los hechos sociales a partir del análisis de las situaciones de crisis; o sea, del estudio de la conducta desviada, de la pobreza, en la sociedad opulenta, de la criminalidad en el Estado burgués de orden. ■ P. A. [Grijalbo.]

Seix Barral

PRESENTA SUS ULTIMAS NOVEDADES

PANTALEON Y LAS VISITADORAS

DE MARIO VARGAS LLOSA

TRES NOVELITAS BURGUESAS

DE JOSE DONOSO

LA OTRA CASA DE MAZON

DE JUAN BENET

COMICO DE LA LENGUA

DE NESTOR SANCHEZ

UN OFICIO DEL SIGLO XX

DE GUILLERMO CABRERA INFANTE



EN LA CASETA N.º 72 DE LA FERIA DEL LIBRO Y EN HERMANOS ALVAREZ QUINTERO, 2



El presidente, don Abdón Fernández Soto, dirige la palabra a los asistentes al acto.

HICONSA Y LA COSTA DE LA LUZ

Hiconsá Renta, S. A., ha inaugurado su nueva sede social. La sociedad comercializa los edificios que promueve Hispalis de Construcciones, S. A. (Hiconsá). Hiconsá pertenece a la industria de la construcción desde hace diecisiete años. Ha construido y vendido más de cien importantes edificios a lo largo de su existencia. Actualmente, el volumen de contratación a diversos organismos oficiales (Ministerio de Educación y Ciencia, Telefónica, Obra Sindical del Hogar, edificios bancarios, etcétera) rebasa la cifra de 1.500.000.000 de pesetas.

Hiconsá Renta asegura y garantiza el 12 por 100 neto anual al inversionista. Además, disponiendo el inversionista en el acto de su módulo de inversión, respaldado en un apartamento, el cual se integra en un edificio inscrito en el Registro de la Propiedad, libre de cargas y gravámenes y en disposición inmediata de otorgar la correspondiente escritura pública a su favor. Esta rentabilidad se abona trimestralmente. Los inmuebles de Hiconsá están situados en la Costa de la Luz (Huelva). Está prevista la construcción de: apartamentos, hoteles, apartoteles, con un total de más de 20.000 plazas. Esto supone una inversión, en un plazo mínimo de siete años, de más de 10.000.000.000 de pesetas.